

ALEX Y ATRAX

Juli Garzo Sanjuán

Alex y Atrax



Juli Garzo

Capítulo 1

ALEX Y ATRAX

Hacia un país donde los momentos fueran permanentes y no cambiantes, Alex decidió marchar.

Dobló la túnica en el brazo y divisó desde la colina su puerto. El barco esperaba, aun faltaban unos días para la marcha.

Atrax, desde el país del tiempo permanente, soñó en Alex, que deseoso de su suerte, cambió su historia contraria, y empezó a preparar su navío para el largo viaje de regreso.

Así, mientras Alex se acercaba en la imaginación de su Atrax, Atrax simple estela de una ilusión deseaba el tiempo de su creador.

Alex observaba desde la colina la tangencia del sol en el horizonte y maldecía la lentitud de sus esclavos que alargaban la hora de su huida. Mientras, aquellos duros marineros griegos, que tanto había costado embarcar, jugaban en la playa añorando a sus morenas mujeres mediterráneas.

Cuando las doradas campanadas de la esbelta torre oriental del templo de Artemisa saludaron al nuevo día, dos naves partieron de dos diferentes puertos hacia destinos opuestos.

Atrax maldecía el continuo oleaje constante, el suave viento permanente que le empujaba imperturbablemente hacia su destino.

Alex luchaba denodadamente contra la ira de Poseidón, que frenaba, retrocedía, alzaba o agitaba la nave y cambiaba el rumbo hacia rutas desconocidas.

Atrax divisaba siempre las mismas aguas iguales, las mismas ondonadas repetitivas, las mismas chispas en las mismas espumas y sus mismos reflejos plateados.

Una mañana, si es que en su tiempo existían los cambios, contempló con alegría una nueva oleada, diferente, quizás más rápida, que chocando en la nave se rompió en el azul. Atrax gritó, sus pulmones se llenaron de un aire nuevo y comprendió que estaba cerca el instante que estaba esperando.

Alex se despertó por las molestas llamadas del capitán saltó del catre y escuchó, apenas pudo comprender algunas de las palabras del asustado

hombre, contempló el horizonte.

Durante la noche la tempestad había desaparecido y el barco se dirigía suavemente a través de un mar llano y aun más inmenso bajo un sol fijo que avanzaba lentamente en el cielo.

Alex gritó, se acercaba el momento de sus sueños y reconoció la eternidad.

En aquel extraño mar de calma, casi no existía el tiempo, ni sucesos, pero dos naves extranjeras se acercaban hacia una cita que aguardaba destinos opuestos.

Alex y sus griegos se extrañaron al ver en su mar a aquel barco azul casi perfecto, sus velas totalmente izadas y su casco limpio de algas. De aquella nave perdida les asustaba su claridad, su perfección, su equilibrio y su permanencia.

Atrax comprendió cuan cerca estaba de su cambio, acercó su bello barco a la nave opuesta y desde la torreta lanzó un nuevo saludo.

Alex lo reconoció, se dió cuenta de su error, corrió a popa, giró el timón, desplegó las velas y esperó.

No hubo suerte, un viento constante en un mar siempre ondulante le condujo a una ciudad y a un tiempo a los que nunca debiera haber venido.